



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II

31 de marzo de 1888

Núm. 22



LOS ZANCOS

Ayuntamiento de Madrid

EL ALOJADO Y EL NIÑO

(EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA)

LA excelente mujer que me crió á sus pechos durante una larga enfermedad de mi inolvidable madre, era de Olivares, aldea de las cercanías de Oviedo, situada en un frondoso valle cuyas blancas casas se descubren en risueña perspectiva desde la carretera de Trubia.

Su padre había sido soldado voluntario en la guerra de la Independencia: un venerable anciano, de marcial aspecto, que, habiéndose encariñado conmigo, años después solía venir á buscarme á la ciudad los días de fiesta; y, por mi parte, iba tan contento con él que no cambiaba su compañía por la de todos mis camaradas.

¡Qué archivo de cuentos era aquel hombre! ¡Qué de historias sabía! No recuerdo ninguna tan interesante, tan terrible y tierna á la vez, cual la que voy á trascribir: *El alojado y el niño*.

Procuraré recordar sus mismas palabras, desnudas de adornos y retóricas, pero ricas de sentimiento, y fiel expresión de la verdad.

* * *

«Era en 1809,—decía.—El fuego de la guerra con el francés abrasaba á toda España y nos enardecía á todos los españoles. Asturias había sido invadida por un ejército mandado por Ney, general de cuerpo chiquito, pero atrevido y valiente como un demonio (á cada uno lo suyo). Le vi perfectamente cuando pasó el Narcea junto á la *Presa de los Lobos*.

Pero mandaba unos desalmados que cometían mil atrocidades. Eso sí... nosotros procurábamos pagarles en igual moneda; y así eran más los que morían malamente por las encrucijadas y caseríos que los que caían peleando en el campo cara á cara.

Entraban en los pueblos arrebatando los víveres, convirtiendo las casas y hasta las iglesias en cuarteles, quemando cuanto les estorbaba... y haciendo otras cosas cuyo recuerdo todavía me estremece de indignación.

En nuestra aldea no encontraron más personas que dos viejos, marido y mujer, y un nietecito de unos seis años; y eso porque ella estaba baldada. Los demás vecinos habían huído, buscando refugio en la montaña y llevándose hasta las últimas hogazas.

¡Figúrate qué furiosos se pondrían los franceses, que llegaban fatigados y hambrientos! Eran unos doscientos hombres los que invadieron la aldea; hombretones de casaca blanca y morrión de pelo que les hacía parecer más altos, pero así también ofrecían mejor blanco á los nuestros.

Obligaron al pobre viejo á que buscara lo que no había, asaltaron los graneros, y le molieron á culatazos.

A los gemidos del viejo respondieron los de su mujer y el llanto del niño. Uno de aquellos hombres se volvió á mirar á la criatura, reprendió á los otros, y, acercándose al chiquitín, que le miraba temblando, le acarició.

Era un sargento
con barbas como un
capuchino.

Quedóse alojado
en la casa, procuró
aliviar los dolores del



El pitirrojo y el muchacho

viejo, y el niño llegó á perderle el miedo, jugando con sus armas y tirándole de las barbas.

El día de Noche Buena, por las tostadas mejillas de aquel hombre corrían dos lágrimas al abrazar el niño. ¡Era que en Francia había dejado un hijo de su edad, y acaso no volvería á verle!



A los dos días sobrevinieron los nuestros (¡yo iba con ellos!), y, después de un terrible combate en que los diezmamos, el sargento, que era un valien-

te, quedó en nuestro poder, herido de un bayonetazo y con una veintena de sus soldados.

Se formó en seguida consejo de guerra; y, como habían cometido tantas atrocidades, á él por jefe y á cinco de los más comprometidos se les condenó á muerte.

Debiendo ser inmediatamente fusilados, se les proporcionó un confesor. Entonces el sargento francés pidió á nuestro jefe, como único favor, que le dejase despedirse del niño.

¡Qué escena! ¡Se me grabó en el alma!

Llegó el niño, de la mano de su abuelo, á donde aquel hombre aguardaba serenamente á la muerte, y se precipitó á abrazarle llorando de un modo desgarrador. El viejo rompió también en llanto cuando los vió abrazados, y momentos después lloraban hasta los soldados que debían cumplir la sentencia.

Todos los labios murmuraban lo que el corazón nos dictaba á todos: el perdón de aquel hombre.»

—¿Y efectivamente le perdonaron?—pregunté al veterano.

—Sí, y le dejaron volverse á su patria, sin otra condición que la promesa de no hacer más armas contra nosotros. Debía la vida al niño. ¡Oh, hijo mío! Déjate guiar siempre por los impulsos generosos del corazón.

LUCIANO GARCÍA DEL REAL



DAVID

La historia del joven David indudablemente debe ser conocida; pero como sucede á veces que en las narraciones históricas únicamente se extractan los principales rasgos de la vida de los historiados, voy á presentaros la figura del gran rey de Israel conforme la describe la Sagrada Biblia.

El rey Saúl, con todos los guerreros de Israel, estaba batallando contra los filisteos en el valle de la Encina.

Ocupaban los contendientes la cima de dos distintas montañas que, levantándose la una en frente de la otra, tenían por línea divisoria el citado valle. Un día salió del campo de los filisteos un hombre gigante, el famoso Goliath, cuya fenomenal estatura era de cerca de diez pies. Cubría su cabeza un casco de latón, y del mismo metal eran la coraza, espaldares y el resto de su armadura; llevaba espada, y una enorme alabarda completaba su armamento. Cuando estuvo en medio del valle, se cuadró delante de sus enemigos, diciéndoles:—¿Por qué batirnos con tanto encono? Yo soy filisteo, vosotros servidores de Saúl. Escoged de entre vosotros uno que quiera batirse conmigo: si le venzo, seréis siervos de mi nación; si me vence, los filisteos serán vuestros servidores.

Las palabras de Goliath produjeron gran consternación en el campo israelita: nadie osaba á responder en reto, temerosos de ser derribados por tan desigual adversario.

Por aquel tiempo vivía en Bethleem un pobre hombre llamado Isaí, padre de ocho hijos, de los cuales los tres mayores estaban en la guerra á las órdenes de Saúl. Deseando Isaí saber noticias de sus hijos, mandó á David, que era su Benjamín, que pasara al campamento á enterarse de sus hermanos, y que regresara luego á su casa para darle noticias de ellos. David confió á otro joven pastor el rebaño que á la sazón estaba apacentando, y, cumpliendo las órdenes de su padre, se trasladó al campamento, llegando en el acto mismo en que Goliath lanzaba su atrevida provocación.

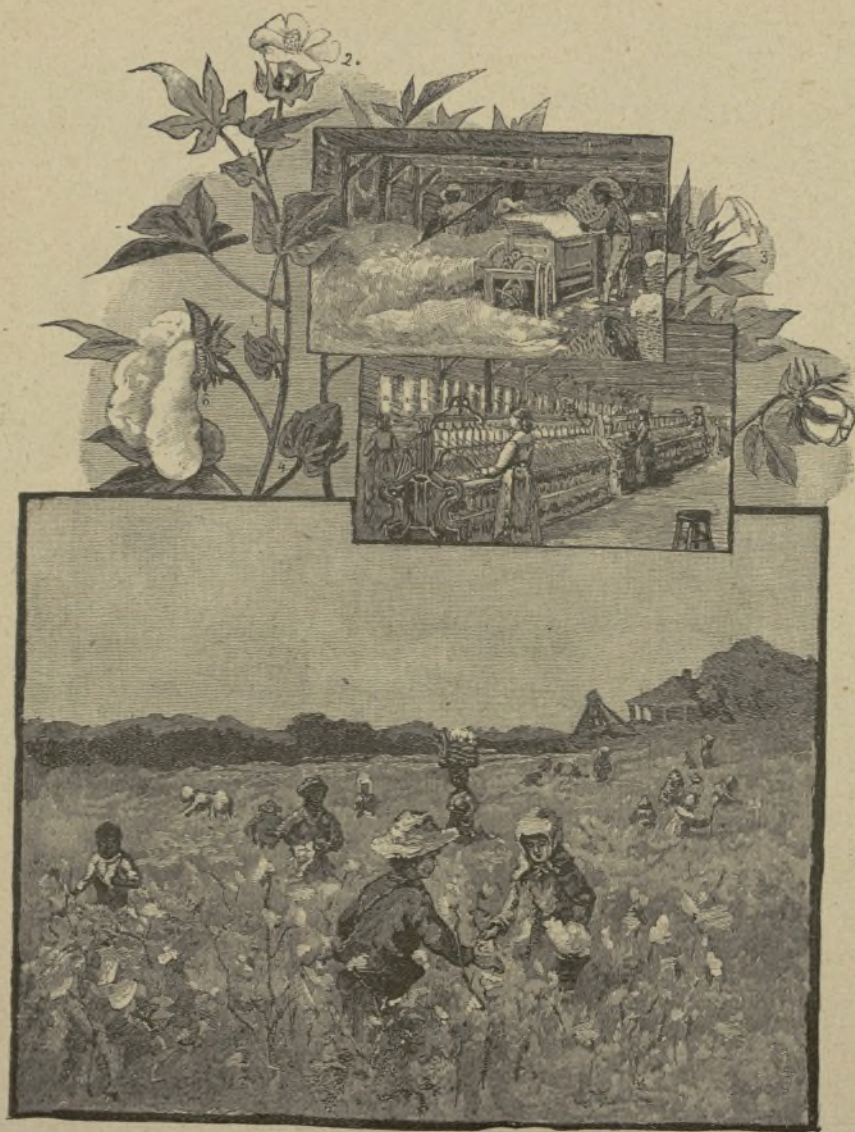
Observando David que las palabras de aquel hombre habían llevado la consternación entre los combatientes, exclamó:—Si no hay entre vuestros



Un chico listo

combatientes quien se atreva á batirse con el filisteo, yo acepto su reto y me batiré.

Saúl le miró con asombro.—¡Tú, un niño,—le dijo,—batirte con un gigan-



La recolección

te que es nuestro terror! No puede ser, ya que no hay hombre que resista á su empuje.

—Al alcance de mi honda,—contestó David,—han caído lobos y leones: Dios que me ha defendido de tales fieras, me amparará cuando combata á su enemigo.



, La ciudad de Londres

Ayuntamiento de Madrid

✻ NUESTROS GRABADOS ✻

LOS ZANCOS

Soy alto como Goliat, á quien David dió muerte; y mis armas son peligrosas. Estoy dispuesto á la pelea: vengan aquí todos los chicos, y veremos si alguno se atreve conmigo. Por lo menos ninguno me igualará en altura.



Perico, el loro parlero

EL PITIRROJO Y EL MUCHACHO

Una preciosa avecilla, un pitirrojo, estaba en la rama de un cerezo, donde producía alegres trinos que revelaban su satisfacción.

—¡Ja, ja!—murmuraba en su lenguaje.—¡Qué bueno es encontrar aquí, todos los días, mi alimento, sin tener que molestarme en buscarlo!

Haciendo estas reflexiones, la avecilla miró hacia el suelo y vió un muchacho que la observaba con brillantes ojos, como si él también hubiera deseado tener alas para posarse en la alta copa del árbol.

—Vamos,—dijole el pitirrojo;—bien se conoce que te gusta también la fruta: abre la boca y dejaré caer una cereza.

El muchacho se acercó más, tomó la posición más conveniente y abrió la boca, en la cual cayeron varias cerezas, una después de otra, hasta que el chico se dió por satisfecho.

Y entonces el avecilla, trinando alegremente, remontó el vuelo hacia las regiones aéreas, muy contenta, sin duda, por lo que acababa de hacer.

UN CHICO LISTO

Tinillo se precia de ser un muchacho muy listo: salta y baila como un consumado danzante. Cuando juega con sus compañeros, aventájales á todos en destreza, y silba con perfección todas las tonadas que aprende de memoria. Además de esto, es guapo: tiene el cabello rubio, ojos azules y graciosas formas.

Cuando Tinillo se sienta á la mesa, sabe manejar con soltura el cuchillo y el tenedor; y en caso necesario sabría servir á los demás. Durante las horas de estudio es muy juicioso; y por todo esto sus padres le quieren mucho.

LA RECOLECCIÓN

Mamá había estado muy enferma y no podía trabajar; de modo que apenas había en casa qué comer.

—Luisa: tú y yo podríamos ir á coger algodón,—dijo Andrés;—pues el amigo Juan

me dijo el otro día que había ganado con esto cinco duros. Es preciso ayudar á mamá.

Luisa era muy aficionada al trabajo, y su madre se alegró de que tratase de ganar algún dinero. Los niños cogieron sus sacos y fueron en busca de un buen campo.

Esto sucedía en uno de los estados donde se cultiva el algodón. Las simientes se siembran en la primavera, la planta crece durante todo el verano, y conviértese en un matorral que florece como las demás plantas. Cuando el capullo se abre, la flor es una pelota de algodón. La manzana resulta de las flores del árbol: este fruto contiene en su interior la si-



Perico, el loro parlero

miente, y si esta última se siembra surgirán pequeñas plantas, que al cabo de muchos años conviértense en árboles. Las simientes del algodón están en la pelota que ésta forma.

Andrés y Luisa encontraron un campo muy extenso, donde trabajaban muchos hombres y mujeres, niños y niñas, blancos y negros, que se ocupaban en recoger algodón. No todas las plantas florecen al mismo tiempo, y por eso el mismo campo se debe trabajar varias veces; pero la primera cosecha es la mejor, porque entonces hay más que nunca. Los dos niños comenzaron á trabajar, y cuando hubieran llenado sus sacos presentáronlos á un hombre, que pesó el algodón recogido, apuntó el peso en unas tarjetas y las prendió en los sacos. Los niños trabajaron de firme hasta la noche, y resultó que recogieron cincuenta libras de algodón, por las cuales se les pagaron veinticinco céntimos.

Durante la noche el algodón recogido se ponía en grandes cestos de dos á cuatro pies de altura, que hombres y mujeres iban á depositar en un cubertito. Después de sacar las simientes del algodón, este último se vende. En las grandes fábricas de Inglaterra y América conviértese en paño, percal, y otros tejidos que usamos para nuestra ropa.

La mamá quedó muy satisfecha al recibir el dinero ganado por los niños, pues pudo comprar algo de comer. Al día siguiente, y todos los demás durante la estación, Andrés y Luisa trabajaron mucho y aprendieron pronto el oficio; de modo que cuando llegó la Natividad pudieron comprar alguna ropa y un buen pavo para celebrar la fiesta. La mamá estaba ya restablecida, y pudo cuidar de los niños.

LA CIUDAD DE LONDRES

—¿Por dónde se va á la ciudad de Londres?

—Se han de cruzar las colinas y los campos, las praderas y las llanuras, y, después de atravesar muchos puentes, se llega, al fin, á la ciudad de Londres.

—Y ¿qué se ve en la ciudad de Londres?

—¡Oh! Muchos edificios antiguos y modernos, vetustas y singulares calles en algunos barrios, monumentos ennegrecidos por la acción del tiempo, y en particular la *Torre de Londres*.

—Y ¿qué más se ve en esa ciudad?

—Hermosas damas que visten lujosos trajes, niñas de rostro sonrosado, mucho bullicio y mucha vida.

—Pues entonces vamos á Londres cruzando á través de campos y colinas, de prados, de llanuras y de puentes, hasta que lleguemos á esa moderna Babel.

PERICO, EL LORO PARLERO

Perico era un magnífico loro de plumaje verde y carmesí con algunas manchas amarillentas. Hablaba muy bien, y pertenecía al dueño de una especie de cafetín situado á orillas del Alabama.

Su jaula solía estar colgada á la puerta, frente al sitio mismo donde desembocaban los pasajeros, á los cuales el loro dirigía siempre la palabra, poco más ó menos, en los siguientes términos:

—Caballeros: aquí hay café caliente, cerveza para refrescar y otras cosas buenas. Entrar todos.

Con estas y otras frases el loro atrajo á la casa muchos parroquianos.

Perico no decía solamente lo que se le enseñaba, sino que sabía imitar muchos de los sonidos que oía con frecuencia. Silbaba á los perros, haciéndoles creer que les llamaban sus amos; graznaba como un cuervo que el amo tenía en el patio, y producía diversos gritos.

Esta ave era muy ruidosa. Cuando quería imitar la risa, chillaba desagradablemente; y parecía interesarse por todo lo que pasaba en el río.

Cierto día hizo una jugarreta que no cayó muy en gracia. Noble era un buen caballo, que obedecía fielmente á su amo, el cual lo utilizaba para conducir á la ciudad géneros que las barcas traían. Cuando el amo iba á comer, acostumbraba á dejar el cuadrúpedo junto á una barca, uncido ya al carro.

El loro veía al caballo diariamente, y había fijado su atención en las palabras que su amo le dirigía. No se sabe si con mala intención ó sin ella, cierto día que el cuadrúpedo quedó solo, comenzó á gritar:

—¡A cargar, Noble, á cargar!

Al oír esto el caballo, retrocedió como lo hacía siempre; pero como no se detuviera á tiempo, introdujose en el río con el carro, de donde no se le sacó sin grandes esfuerzos.

LA SIEMBRA DE SANTIAGO

Santiaguito se impacientaba porque no llegaba pronto la primavera, pues se proponía sembrar habas; y cansado, al fin, de esperar tanto, resolvió hacerlo antes de la estación. Buscó un tiesto muy grande, llenólo de buena tierra y sembró sus habas.

El chico creía, sin duda, que iban á florecer ya á la mañana siguiente; pero no sucedió nada de esto. Santiago no veía aparecer nada; tanto que llegó á creer que nunca brotarían. Regaba el tiesto continuamente, lo ponía al sol, removía la tierra y examinaba el estado de sus habas, que al parecer conservaban el mismo sitio en que se las dejó.

Cierto día, sin embargo, observó con sorpresa que las habas apuntaban, pero que las cáscaras parecían rotas.

Santiaguito pensó que alguien había tocado su tiesto, y se enfadó mucho. Después volvió á cubrirlas cuidadosamente con tierra, y dejó el tiesto en su sitio.

Pasaron algunos días sin que el muchacho se acordase más de sus habas; pero al fin pensó en ellas, y no fué poca su sorpresa al ver un retoño en el sitio que ocupaba cada una, presentando en la extremidad algo muy parecido á la misma haba por su for-



La siembra de Santiago

ma. El vegetal tenía una pequeña raíz en tierra para recibir el alimento. Santiago observó todo aquello con la mayor complacencia, pareciéndole admirable que una simple haba se arreglase tan maravillosamente para crecer.

JOSEÍTO

A cualquiera de vosotros, hijos míos, os parecería muy triste vivir como el pobre Joseíto, y, sin embargo, es un chico muy alegre, que se tiene por feliz: vive en una cabaña de madera, y su único alimento se reduce á un pedazo de pan de centeno, y á veces un poco de carne.

Ahora os diré por qué es tan feliz. No siempre lo fué: su padre murió, y su madre contrajo matrimonio con un hombre de mal carácter y perverso, el cual obligaba á Joseíto á trabajar todo el día como un negro, dándole muy poco de comer.

El pobre muchacho tenía siempre hambre, y su padrastro le pegaba de continuo; por lo cual cierto día se escapó y fué en busca de un anciano que antes le cuidaba. En el camino se detuvo para descansar un poco, dando lugar con esto á que su padrastro, que le buscaba

por todas partes, le alcanzase muy pronto. Llevaba un palo en la mano, y pegó bárbaramente al muchacho.

Al saber esto el anciano protector de Joseito, presentóse á la madre, y díjole que el chico no podía trabajar aún como lo hacía; que se lo dejaran á su cargo, y que él se cuidaría de enseñarle. Al día siguiente el muchacho se fué con su protector, y ahora está con él. Cierto que no tiene buena ropa ni escogidos alimentos, pero es feliz. El otro día fué á recoger hojas de zumaque, y con lo que le produjo la venta pudo comprarse una prenda de ropa.



LA FAMILIA HONRADA

(Continuación)

Esta carta alarmó vivamente á los herederos. Sabían que existía desde hacía muchos años un testamento á su favor, pero temieron que Paulina no se aprovechase de su influencia para hacer cambiar aquellas disposiciones y apropiarse la fortuna de su parienta. Aferráronse sobre todo á esta idea por haber leído precisamente en los periódicos de aquel día la reseña de un proceso sobre captación intentado á una criada que había ejercido una influencia ilegítima en el ánimo de su ama, de la cual se había hecho constituir heredera universal.

Los más próximos parientes de la Sra. Crumper eran dos resobrinós: M. Josué Crumper, comerciante de Liverpool, y el alférez Bloomington, del cual hemos hablado ya. El padre de Bloomington hubiera querido hacer de él un comerciante; pero el joven, que no revelaba ninguna disposición para los negocios, abandonó el escritorio donde estaba colocado é ingresó en el ejército. Era holgazán y derrochador. Su tía se mostraba; severa y bonachona para con él: ora le daba dinero, ora le hacía salir de su presencia y declaraba que en su vida nunca más recibiría de ella ni un chelín. Esta había sido su última determinación, pero el alférez Bloomington se creía que podría de nuevo volver á entrar en gracia, y resolvió aprovechar la enfermedad de su tía para penetrar en la casa. La Sra. Crumper se negó rotundamente á recibirle.

A la voz de lo que ocurría acudieron los parientes de la anciana señora; pero ésta, conociendo el móvil que les impulsaba á dar semejante paso, hizo cerrar la puerta á todos aquellos importunos, lo mismo que á su joven sobrino. Mucho rogó Paulina á su ama para que tal no hiciera: la Sra. Crumper no quiso escuchar nada. En cuanto á su testamento, lo había hecho pedazos en un arrebato de cólera, y sus parientes se encontraban terminantemente desheredados, á pesar de los ruegos de Paulina, que agotó todos los medios que estaban á su alcance para hacerla volver en sí de una determinación que no le parecía suficientemente justificada. Esta generosidad por parte de una joven que no ignoraba las calumnias esparcidas contra ella por los mismos cuya defensa tomaba y cuyos intereses favorecía, á riesgo de disgustar á una señora

atrabiliaria y frecuentemente injusta; esta generosidad, decimos, parecía inexplicable á la Sra. Crumper. Su egoísmo no podía comprender tanta grandeza de alma y tanto desinterés.

Paulina, desolada por no haber podido ver coronada por el éxito su tentativa de conciliación, habíase retirado á su cuarto, viéndose interrumpida en sus reflexiones con la llegada de Marta, que fué á sentarse cerca de ella y con tono hipócrita entabló una conversación evidentemente calculada. Sabía que



Joseito

la Sra. Crumper había anulado su testamento y que, sin duda, iba á disponer otro.

—Srta. Paulina,—dijo;—seguramente vos quedaréis bien recompensada en ese otro. Es muy justo: lo sé. ¿Puedo esperar que, si se presenta ocasión, no os olvidaréis de decir dos palabras en mi favor?

Este lenguaje interesado no podía menos de excitar la indignación de Paulina, quien respondió que no tenía por qué ocuparse en el testamento de su ama; que nadie mejor que la Sra. Crumper podía disponer de su fortuna según le pareciera, y que, en cuanto á ella, no ambicionaba legado alguno.

No se engañaba Marta, sin embargo, al suponer que Paulina sería generosamente recompensada en el testamento nuevo. Al día siguiente la vieja dama dijo á la joven, que le presentaba una medicina:

(Se continuará)

SOLUCIONES Á LOS PROBLEMAS Y EJERCICIOS DEL NÚMERO ANTERIOR

Charadas

Borríco
Calzado
Almidón

Fugas de consonantes

Tú tienes el din sin don;
yo tengo el don sin el din:
tu din con mi don pues pon,
y tendremos don con din.

La plancha seca las manchas
á la pana catalana:
pasa á la lana las planchas
y abrasarás la más sana.

Criptografía

Un monarca leonés.
Rompecabezas: Pedro.
Tarjeta
Instituto del Cardenal Cisneros.

+ PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES +



Joseito

TERCIO DE SÍLABAS

• • • | • • • | • • •
• • • | • • • | • • •

Formar, con el primer grupo y la primera línea vertical, un nombre de mujer diminutivo; con la segunda, el de una prenda de uso; y con la tercera, el de un lecho.

PACO DALTAUIT Y ANDREU

ROMPECABEZAS

A
N
T
O
N
I
O

Sustitúyanse los puntos con letras, de modo que, horizontalmente, resulte en cada línea un nombre de varón.

A. HERNÁNDEZ

ROMBO

• • • • •
• • • • •
• • • • •
• • • • •
• • • • •

1.ª línea horizontal, consonante; 2.ª, nombre de mujer; 3.ª, nombre de varón; 4.ª vertical y horizontal, en las casas; 5.ª horizontal, nombre de varón; 6.ª, río; 7.ª, consonante.

JOAQUÍN DE RIBA

CHARADAS

*Dos prima, una dos primera
la dos terciá, si es preciso;
á ver si encuentras un todo
á este dos tres parecido.*

ENRIQUITO RUBIO

FUGA DE CONSONANTES

E..a..o .o..a..o .i..a.
e. e. .i..a. .e. a..o.
.e .e .a..o u. .i..o e..i..a
.e .e .a..i..o e. .o..a..o.

E. GARCÍA AMADO

CUADRADO

• • • • • = Dignidad.
• • • • • = Animal.
• • • • • = Cereal.
• • • • • = En zoología.

MANUEL LUIS VICIOSO

No serán de gran tres dos
esos pobres prima tres
á los que tan pronto espera
la muerte en el redondel.
De los cuatro, el que prefiero,
es el chino ó japonés.
El todo... cualquiera nota
que se acerca á más correr

— Las soluciones en el número próximo —

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACIÓN: Mannel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.